

De duques, damas y caballeros

Olivia Murgó



Capítulo 1

De duques, damas y caballeros

Igne era la segunda hija que engendraban la Condesa de Retha y el Conde de Virné. Ella nació sana, fuerte, y lista para ser criada como los hijos de los nobles debían ser criados. Cuando ella tenía apenas seis años, su hermano Matthew enfermó con algo incurable, que los médicos desconocían totalmente. La Condesa y el Conde estaban preocupados, pero poco podían responderle los médicos acerca de la gravedad del problema: era nuevo también para ellos.

Un día, Igne jugaba en el patio con la tierra y su madre salió a buscarla, la alzó y lloró con ella en brazos. Al principio Igne no entendía pero, pese a su corta edad de vida, al poco rato comprendió que algo ingrato relacionado con su hermano había sucedido. Y era cierto: Matthew, a sus diez años, había muerto.

No se encerró en su cuarto a llorar, sino que asistió al funeral y soportó que le dieran el pésame todos los nobles. También hubo un mes de llanto en el pueblo, aunque no porque sufrieran por la muerte del joven, sino porque se pararon los cultivos como forma de luto y todo el pueblo pasó hambre. Sólo los nobles, para "recuperarse" del horrible acontecimiento, comieron a más no poder.

Pero Igne se mantuvo firme y pasó hambre con los campesinos aunque no a propósito, sino porque se la pasaba llorando y no tenía fuerzas para comer. Su madre engordó seis kilos. Su padre nueve. Y ambos se preocuparon mucho por la herencia de sus tierras, porque su hija debería casarse con alguien de reputación.

Capítulo 2

Capítulo 1

Era la quinceava fiesta de cumpleaños de la Marquesa Vana de Trèmola, y todos los nobles estaban invitados. El castillo estaba en una montaña que había en el medio del pueblo de Llano, el pueblo principal dentro de Trèmola. Estaba compuesto por tres pueblos: Llano, Resisan, e Índela.

Igne, vestida con un hermoso vestido color crema, caminó hacia el sitio en que solían encontrarse los más jóvenes, pero no había nadie. Desconcertada, volvió sobre sus pasos y se subió al primer escalón de la escalera que conducía a los aposentos reales, las torres y, generalmente, las bibliotecas. Buscó con la mirada a sus amigos, los hijos de los condes, marqueses, reyes, duques y demás entre la multitud, pero no alcanzó a encontrarlos.

_Hija, baja de ahí, querida-le advirtió su madre con una sonrisa en el rostro.

_ ¿Has, por casualidad, visto a mis amigos?-preguntó, bajando, la niña.

_No, ¿no han de estar en el patio trasero? Fíjate, tal vez los encuentras allí-respondió.

_Gracias, madre-y salió corriendo en dirección a la puerta trasera.

Desde pequeña le encantaban los jardines, porque le gustaban los colores de las flores, el barro cuando estaba mojado, y el olor a tierra. Pero, a esa edad, le gustaban más que nada los jardines que poseían los reyes y algún Varón, con inmensos árboles para trepar o jugar a estar en un bosque.

El jardín del palacio de Trèmola no tenía árboles, pero sí tenía un sector con una huerta, y a ella le gustaba ver cómo los criados trabajaban allí, sembrando o cosechando.

Salió por la puerta y se quedó quieta, intentando descubrir qué era esa sensación de que el patio le pareciera más pequeño. Miró a ambos lados para descubrir si era sólo eso o era real, pero no terminó de hacerlo porque encontró a sus amigos a su derecha. Fue con paso lento hasta ellos y los saludó uno por uno. Después se dirigió a Frannel, la hermana de Vana.

_Frannel-dijo-, muy buenos días y felicidades a tu hermana.

_Gracias, Igne-respondió.

_ ¿Puedo hacerte una pregunta?-su amiga asintió.- ¿El patio está más pequeño?

_Sí, está más pequeño por la Disposición N°13 del Rey, del dictado de ayer. Dijo que una pequeña porción de los jardines tendrá que ser destinada a crear dos casas para dos familias que no tengan hogar del pueblo-Igne se asombró un poco porque jamás había visto alguien sin casa.

Se quedó pensativa y recordó a su jardín, ¿también le sacarían un sector? ¿Quedaría igual de chico que el de la Marquesa?, y ella, ¿podría jugar con los niños de las familias que vivirían allí? Se quedó pensando en eso. Por fin tendría amigos en su casa, amigos que no fueran nobles. ¿Tendrían las mismas costumbres que ella? ¿Jugarían a los mismos juegos? ¿Sus criadas serían igual de amables? ¿Les dirían "niñita", o alguna cosa parecida? Ya quería que empezara esa era: quería conocer a esos chicos.

Entraron todos, después de haberse hablado un poco y haberse contado acerca de cómo la habían pasado en sus respectivos castillos, para la ceremonia. A los quince años, las mujeres ya podían ser prometidas en matrimonio, por lo que todos los caballeros que quisieran desposar a la hija del Marqués de Trémola debían asistir. Vana era una joven hermosa, joven, y, por sobre todas las cosas, muy fina. Si Vana se casara con algún caballero, podrían llegar a juntar tierras. Por eso generalmente acudían príncipes, marqueses, duques, condes y reyes de otros reinos para hacer aliados.

Entraron e Igne observó cuidadosamente la fila de postulantes y a Racky, quien leería los nombres de los aspirantes y también las tierras y riquezas que poseían más, por último, el motivo por el cual querían casarla. El Marqués escogería a quien veía más apropiado para su hija, y ella debería darle su voto. En realidad, eso del voto era porque querían asegurarse que la descendencia fuera buena y estuviera bien cuidada. Así que debían asegurarse que las mujeres estuvieran contentas. No obstante, no se descartaban más de dos postulantes por voto de la mujer y, de haber otros con los cuales la susodicha no estuviese conforme, éstos podrían realizar una justa y así el que ganara se llevaría a la señora.

Vana lucía un hermoso vestido blanco, largo hasta los tobillos y bastante inflado, por lo que se resaltaba su esbelta y cuidada figura en la parte superior. La fila era de unos veintiséis caballeros, e Igne adivinó que faltaba mucho para que se marcharan. Buscó a sus padres y los encontró charlando con el Varón Sans Min, y también divisó, al lado de este, a su hijo, Dimitri. Era rubio, con ojos azules oscuros y vestía, generalmente,

una túnica gris, pero en esa ocasión utilizaba una túnica blanca con una especie de abrigo arriba.

Igne se estremeció al pensar en que tal vez sus padres estuvieran arreglando en ese momento su casamiento sin decírselo, y se acercó con rapidez y sigilo. Se quedó detrás de su padre e intentó escuchar algo por encima de las conversaciones de los demás.

_...creo que es una buena idea. Aunque debéis pensar, queridos Condes, que mi hijo es un año mayor que la vuestra y sería inapropiado que comenzara su búsqueda recién a los dieciséis. ¿No creéis vosotros lo mismo?-hablaba el Varón Sans Min.

_Pero, ¡por supuesto! Tiene usted toda la razón, queridísimo Varón. Pero estamos algo desesperados con la búsqueda de un pretendiente y vuestro hijo e Igne son...siempre creímos que acabarían juntos-respondió, casi en súplicas, su madre.

Entonces, el Conde volteó y vio a su hija escuchando. Por supuesto que no la encontró "exageradamente" intentado escuchar, pero era lo único que podía pensar debido a que no encontraba otro motivo por el cual estuviera allí.

_Hija, ¿qué haces?-preguntó, subiendo un poco el tono.

_Vine a buscaros, padre, para que me guíeis hasta la parte más cercana al acto-respondió, improvisando lo mejor que sabía, Igne.

_Ven, te llevo.

Su padre la guió hasta el lugar indicado. Y después, se quedó un rato, queriendo preguntarle cuánto y qué había escuchado de la conversación. Con suerte, sólo habría escuchado a su madre, aunque eso ya era bastante grave. Se acercó un poco a su hija y buscó el momento adecuado. Sabía que no era bien visto preguntarlo, pero tenía que hacerlo. Por su bien. Juntó coraje, y por fin dijo:

_Hija, ¿hacía mucho que estabas allí?

_No, acababa de llegar, padre, ¿por qué lo decís? ¿Hay algo de aquella conversación que deba saber?-replicó la niña. El Conde reprimió una sonrisa y decidió no decir nada, no quería arruinarle el día a su hija. Pero era cierto que era raro comprometer a una niña de apenas siete años con un niño de ocho, teniendo en cuenta que sus familias no eran extremadamente unidas ni los niños se la pasaban jugando juntos.

_Para nada, es que no quiero que te acostumbres a andar escuchando-

sonrió.

Entonces, Racky leyó el primer nombre, mencionó las primeras tierras y preguntó la primera causa por la que quería desposar a la chica...y siguió durante un largo rato hasta que, por fin, mencionó al Duque Delón de Monterreina. Y parece que la muchacha quedó perdidamente enamorada, porque habló con su padre al oído y este le dio el buen veredicto al muchacho. Todos aplaudieron y se quedaron festejando el casamiento. Sería al día siguiente, pero algunas familias no podían asistir y decidieron festejarlo en ese preciso momento.

--

Volvieron a su castillo cuando comenzaba a llover. Los jinetes que escoltaban la carroza les advirtieron que era preferible guardar las maletas y eso hicieron, por lo que Igne viajó incómoda el resto del trayecto. Cuando por fin llegaron, se retiró a sus aposentos sin siquiera probar la torta que Magda, su cocinera y madraza, había hecho para ella. Tenía sueño pero, más importante aún, tenía que pensar. Pensar sobre cómo le preguntaría a su padre si iba a cumplir las órdenes de su rey. En realidad, no era eso lo que le preocupaba: le preocupaba si iba a poder jugar con los niños que vinieran. Porque jamás podía salir al pueblo a jugar con los niños de su edad.

No pudo pensar mucho porque alguien tocó a la puerta de entrada, y eso siempre la sobresaltaba un poco. Vera, una de las criadas, fue a abrirla y se escucharon murmullos. Pero no fue eso la que hizo dejar de pensar a Igne, sino lo que sucedió después: Vera llamó a su padre, y le dijo algo. Intrigada, bajó corriendo las escaleras y se arrepintió de haberlo hecho de ese modo: una dama nunca corre, y, además, ¡un mensajero del Rey estaba en la puerta! Se frenó antes de la mitad y continuó con paso firme, directo, orgulloso y lento. Cuando llegó al piso se acercó a su padre y miró al visitante con una amplia e inocente sonrisa. El mensajero hizo una inclinación con la cabeza y después prosiguió con su charla.

__...Rey ha dispuesto. Por lo tanto, supongo que tendréis vuestros métodos para elegir a quiénes serán los beneficiados.

Su padre asintió, pálido, y después cerró la puerta. Sacudió un poco la cabeza y le volvió el color; luego dedicó una sonrisa a su hija. Le ofreció una mano, que ella aceptó cortésmente, y la guió hasta el comedor. Después llamó la Condesa y juntos se sentaron a charlar. Primero, parecía que Igne no existía, porque sus padres cuchicheaban entre ellos; pero luego su madre la miró y le dirigió la palabra:

_Hija, nuestro Rey ha dispuesto que una parte de nuestro Jardín sea destinado a la construcción de dos casas para los campesinos sin hogar.

Queremos que elijas tú el sitio-le dijo.

Se pararon y fueron al patio, Igne miró todos los rincones del lugar. Se decidió por un rincón que era verde pero algo marchito, no era regado muy a menudo, y no le importaría mucho si allí hubiera dos casas. El Conde inició de inmediato la construcción, empleando a todos los obreros y dejando de lado las otras cosas que estaban en construcción en aquel momento. Como, por ejemplo, algunas calles, carretas y una que otra casa que cada tanto pagaban los dueños del lugar.

Igne no pudo dormir pensando en todo lo que haría cuando las casas estuvieran listas y los habitantes dentro. Se imaginaba yéndolos a visitar todos los fines de semana, o algún que otro miércoles por la tarde, jugando con los niños... ¿Y si no había niños? ¿Y si las familias que ganasen aquella increíble posibilidad no tenían hijos? "Es ilógico"-pensó la niña-"porque si no, no serían casas tan grandes". Y se durmió tranquila.

Capítulo 3

Capítulo 2.

En tan sólo, y por suerte, dos semanas, las casas estuvieron preparadas y listas para recibir gente. Los condes deberían hacer un sorteo entre las familias sin hogar, y preferiblemente debían tener muchos hijos. O al menos dos.

Ese día, Igne se vistió con un sencillo vestido blanco que usaba siempre y estaba algo manchado ya, no sin protestas de Magda, pero nada podía hacer ante la decisión de la condesa o "condesita", como ella la llamaba. Ella se lo había puesto porque creía que con él se veía más pobre, y más a la altura de las riquezas de sus súbditos. Por el contrario, sus padres mostraban la mayor cantidad de joyas posibles. Igne se sintió algo indignada. Pero, por supuesto, no dijo nada.

Su padre salió primero al balcón y, desde allí, gritó a la multitud que había sido juntada por los guardias.

_ ¡Súbditos! ¡Escuchad! ¡El Rey ha mandado construir dos casas en el patio de cada palacio, que serán ocupadas por familias sin hogar!-hizo una pausa y llamó a su hija.- ¡Mi hija, Igne, hoy sacaré dos trozos de papel que dirán el apellido de dos familias!-bajó el tono de voz y extendió a la pequeña un bonito recipiente de vidrio con borde dorado llena de trozos de papel.-Saca uno-ordenó.

La niña vaciló, llevó el brazo de un lado a otro y finalmente, como una pinza, atrapó uno que estaba hecho un bollo. Lo abrió lentamente y luego, con algo de dificultad, leyó a su padre:

_Mor...Mordazar-él asintió y tomó el papel.

_ ¡Mordazar! ¡Debéis presentaros ante los guardias, os anotarán y escoltarán hasta vuestro nuevo hogar!-gritó. Una mujer con cuatro niños se adelantó y se abrió paso hasta la entrada, habló un rato y después prosiguió su camino escoltada por un caballero. Su padre volvió a ofrecerle el recipiente.

Esta vez, Igne no dudó, sólo pasó una rápida mirada por todos los papeles y, tapándose con una mano los ojos, sacó uno. Lo abrió con el mismo suspenso con el que había abierto el anterior y después intentó asimilar lo que decía. Se lo acercó mucho a la cara y movió la boca pronunciando lo

escrito en silencio.

_Andóbales-le susurró a su padre.

_ ¡Andóbales!-anunció este.

Un hombre, una mujer y dos niños se aproximaron a la entrada, y luego cruzaron el mismo destino que sus antecesores. Igne se retiró como toda una dama y bajó al jardín mientras la multitud se dispersaba. Encontró que los guardias daban unas últimas indicaciones a los recién llegados y se iban. Entonces, se acercó.

Los dos niños eran, en realidad, un niño y una niña. La niña parecía tener apenas unos tres años y el niño, como de su edad. Se acercó y esperó a que la vieran para que la saludaran. La mujer fue la primera, y le hizo una reverencia sonriendo. Volteó a su marido y a los niños, y todos imitaron el gesto, incluso la más pequeña.

_Hola-saludó Igne.-Mi nombre es Igne, yo leí vuestro nombre.

_ ¡Oh, su majestad!-exclamó el hombre, inclinándose aún más.-Muchas gracias por haberlo hecho, aunque haya sido azar. Permitidme presentaros a mi mujer, Andalucía, y a mis dos hijos, Berman y Lucía. Mi nombre es Berman Dalirius Andóbales, mi señora. Mis humildes respetos, mi dama.

_ ¿Y cuantos años tenéis vos, Berman?-preguntó, curiosa.

_Tengo siete años, su majestad, pero he de cumplir ocho en dos meses-respondió el muchacho.

Sin más, hizo una inclinación de cabeza y se retiró a la otra casa. Los tres niños eran bastante menores a ella, parecían de apenas cuatro años; mientras que la chica también parecía de su edad. La mujer, al verla, obligó a los pequeños a hacer una reverencia y ella misma también hizo una, y muy pronunciada.

_Buenos días, mi señora-saludó.-Permitidme que me presente y mis humildes respetos. Mi nombre es Anna Mordazar, y estoy a vuestras órdenes. Mi hija mayor, de siete años, se llama Priscila. Y mis hijos menores, los trillizos Hans, Max y Harry, de tres años-la mujer inclinó la cabeza cuando finalizó y se levantó.

Igne estaba muy contenta, ya que había dos niños de su edad y podría jugar con ellos. Además, tenía mucha curiosidad acerca de cómo vivían ellos, qué hacían para divertirse, etc. Pero la puerta del jardín se abrió y Yuri, el guardián personal de su padre, entró con cara de enojado. Igne pensó que tal vez alguna de las familias había mentido con respecto a su

apellido, pero se asombró cuando Yuri la agarró a ella por la mano y la llevó al interior. Allí la esperaban sus padres.

_Hija, ¿iQué se supone que estás haciendo!?-gritó, enfurecido, el Conde. Su hija lo miró sin respuesta y sorprendida, ¿qué había hecho ella de malo?

_No sé, padre, ¿qué hice?-preguntó. El Conde se tranquilizó y la miró a los ojos y la agarró de los hombros, de manera que quedó arrodillado mirándola en frente de ella.

_No debes acercarte nunca más a esos niños, ¿entiendes?-dijo. Su hija lo miró perpleja, ¿por qué? ¿Qué tenían de malo? Iba a preguntar, pero su madre se le adelantó.

_No lo hagas y punto, porque nosotros sabemos lo que es mejor para ti.

Y se fueron. Igne quedó llena de dudas y enojada, pero no se atrevía a desobedecerlos. Primero, no sabía si esos niños valían la pena, y segundo, tampoco tenía en claro cómo iban a reaccionar sus padres si lo hacía.

Esa noche se quedó pensando: si nunca jugaba con ellos, ¿cómo iba a conocerlos? Tenía que hacer algo. Lamentaba si desobedecía a sus padres, pero era necesario.

Capítulo 4

Capítulo 3

Igne saltó de la cama y se calzó los zapatos. Así, como estaba, en pijama, recorrió el castillo hasta llegar al jardín. Porque se le había ocurrido una idea. ¿Y si sus padres dormían mientras ella jugaba con sus amigos nuevos? ¿Y si no hacía falta ocultarse?

Se frenó al final de la escalera y se escondió detrás de un macetón porque acababa de ver a dos guardias plantados allí. No iba a poder salir, pero tenía que hacerlo para desafiar a sus padres. No sabía bien por qué quería desafiarlos, pero eso deseaba. De modo que, decidida, se alejó por otro corredor (que estaba desierto) y llegó al salón de entrada. Como era de esperarse, había tres guardias vigilando la puerta, uno miraba hacia el norte, otro hacia el este y otro hacia el oeste. "¿Para qué tanta seguridad?"-se preguntó la niña-", ¿acaso ya sabían que me escaparía?" Esa idea la hizo estremecer y se escondió detrás de la pared que estaba entre el corredor y el salón. Miró, descuidadamente, la habitación, y encontró una ventana. Estaba cerrada, pero podría abrirla y salir por ella...estaba lo suficientemente alta como para que se tuviera que trepar a algo, pero también, afortunadamente, había una pequeña mesa debajo. Pasó el agujero en el que tendría que haber una puerta (no había, era sólo un agujero, por eso podía ver lo que había en la sala) y se trepó a la mesa. Abrió muy lentamente la ventana, tan lentamente que sólo hizo un pequeño ruido que ni ella misma oyó. Después, juntando fuerzas y sin dejar de vigilar, saltó y quedó prendida al marco. Pasó una pierna pero los brazos se le aflojaron y quedó colgando de ella para el lado de adentro. Ahogó un sollozo e intentó seguir pasando, pero entonces escuchó pasos. A toda prisa, se tiró para el otro lado y se pegó a la pared. El impulso hizo que una cortina se moviera; y escuchó pasos de un guardia arriba suyo.

_ ¿Bob, tú la dejaste abierta?-preguntó.

_No. Debe de haber sido la niña-respondió Bob desde más lejos.

Igne respiró recién cuando el guardia se hubo ido, y corrió lo más silenciosamente posible hasta la parte trasera del castillo. De allí se veían las casas blancas imponentes en la oscuridad, y le dio algo de miedo. Pero, de todos modos, se acercó a la segunda y llamó a la puerta. Entonces reparó en su ropa. Estaba llena de barro, con manchas por todos lados. Parecía una vaca. Uno de los tres pequeñitos apareció en la puerta e Igne se preguntó cómo había llegado al picaporte. Recuperando el

aliento, dijo:

_ ¿Está tu hermana mayor, pequeño?

_Sí-respondió el pequeño, asintiendo.

En unos pocos minutos, la niña apareció en la puerta con un vestido amarillo que parecía un pijama, y con cara de dormida. Cuando vió el vestido de la condesa, casi dice algo, pero esta le tapó la boca con una mano y la apartó de la casa.

_ ¿Puedes venir conmigo, Priscila?-preguntó. Ella asintió y cerró la puerta.

Cuando estuvieron ya más lejos, en el pueblo de Retha, el principal, Igne le contó lo sucedido. Y, para sorpresa de Priscila, le dijo que quería ser su amiga y no su jefa, porque le gustaba la idea de tener una amiga mujer de su edad que no fuera de la nobleza.

La noche caía y cada vez era más tarde, pero entre risas y chistes, se contaron la una a la otra el estilo de vida de cada una, cosa que interesó mucho a la duquesa. Pri, como Igne la llamaba, le dijo que su padre era uno de los constructores del Duque y que su último trabajo había sido en su nueva casa en el jardín del castillo. Pero que, antes, también había tenido que viajar a Mermo, el segundo pueblo más importante de los tres que componían Rino, y hasta a Virné, el pueblo principal de Oklaham.

El Duque, padre de Igne, era heredero de las tierras de Oklaham tras la muerte de sus padres y a veces viajaban para asegurarse de que todo marchara bien. Aunque en lugar del Duque allí gobernaba, provisoriamente, un Asistente, debían asegurarse de eso. Igne nunca había visitado aquellas tierras y le parecía extraño tener dos casas, puesto que para ella su casa era Retha. Ni siquiera había viajado numerosas veces a Mermo o a Igne, el tercer pueblo de Rino que llevaba su nombre.

Volvieron a sus respectivas casas muy tarde y la duquesa se durmió pensando en la vida en otras ciudades. Además, pensó en la vida fuera del castillo, que cada vez le intrigaba más. Nunca antes había pensado en cómo sería vivir sin las fiestas y sin los jardines, diciendo por ahí que sus padres eran trabajadores de los dueños de la tierra. Lo pensó bien y se dio cuenta de que nunca había visto a sus padres trabajar... ¿a qué se debía eso? ¿Era sólo porque eran los dueños?

Y soñó con ser hija de una panadera y un constructor, viajar por el reino y ser amiga de quién quisiera.